

PROYECTO DE DECLARACION

LA HONORABLE CÁMARA DE DIPUTADOS DE LA NACIÓN

DECLARA

Su profunda preocupación por la crítica situación humanitaria que atraviesa la comunidad Drusa en Siria, particularmente en la región de Sueida, actualmente bajo asedio y privada de suministros básicos como harina y agua, y exhorta a la comunidad internacional a interceder urgentemente para garantizar la asistencia humanitaria necesaria.

Firmante: Gerardo Milman.

Co firmantes:

Sabrina Ajmechet.

FUNDAMENTOS

Señor Presidente:

Las tragedias humanas no deben jerarquizarse por su visibilidad mediática ni por los intereses geopolíticos que determinan qué pueblos merecen atención y cuáles quedan sumidos en el silencio. Cuando el mundo se conmueve ante el sufrimiento en una región, pero permanece impassible frente a la desesperación de otras minorías perseguidas o sometidas, se revela una hipocresía selectiva que pone en jaque los principios más elementales del Derecho Internacional Humanitario y de los Derechos Humanos.

Hoy levantamos la voz por quienes no tienen micrófono. Por quienes están atrapados entre el abandono y la indiferencia. Por el pueblo druso en Siria, y particularmente por la comunidad de Sueida, que lleva más de dos semanas bajo un asedio despiadado, tal como lo ha denunciado recientemente el jeque Marwan Kiwan, uno de sus líderes espirituales: "Llevamos más de dos semanas bajo asedio. Necesitamos harina y agua con urgencia. Pedimos a la comunidad internacional que nos ayude ya".

¿Qué pasa cuando un pueblo clama auxilio y nadie responde? ¿Qué clase de civilización construimos si permitimos que el hambre, la sed y el aislamiento se conviertan en herramientas de castigo colectivo?

El pueblo druso, de ancestral presencia en la región de Levante, es una minoría religiosa que ha sido históricamente marginada, incomprendida y muchas veces perseguida. En Siria, representa aproximadamente un 3% de la población, y se ha concentrado

principalmente en la gobernación de Sueida, al sur del país. A lo largo de la guerra civil siria, que lleva más de una década devastando el país, los drusos han intentado mantener una postura autónoma, buscando preservar la paz en su territorio y evitar ser arrastrados a una guerra fratricida. Sin embargo, esa neutralidad no los ha protegido.

En las últimas semanas, Sueida ha sido cercada, sus accesos bloqueados, y su población, más de 300.000 personas, se enfrenta a una escasez crítica de alimentos básicos, medicinas y agua potable. Este asedio no sólo representa una crisis humanitaria urgente, sino también una gravísima violación de los derechos fundamentales y un caso testigo de cómo las minorías religiosas y étnicas siguen siendo víctimas silenciadas en el tablero de la política internacional.

Lo más grave es que esta tragedia se desarrolla en un casi absoluto silencio. Los grandes medios de comunicación internacionales y los organismos multilaterales están concentrados exclusivamente en otras zonas de conflicto, en particular la Franja de Gaza, donde —sin perjuicio de la gravedad de lo allí ocurrido— la cobertura ha sido amplia, constante y masiva. ¿Por qué entonces no se alza ninguna voz por los drusos? ¿Acaso su sufrimiento no califica para ocupar la atención de las cancillerías del mundo? ¿O es que el costo político de defender a una minoría que no pertenece a ningún bloque geopolítico poderoso vuelve su causa descartable?

Es imperioso recordar que los principios fundacionales de las Naciones Unidas, y particularmente los que rigen la acción del Consejo de Derechos Humanos, no distinguen entre víctimas visibles y víctimas invisibles. Toda vida humana debe ser protegida, sin importar el origen, la religión, el idioma o el posicionamiento geopolítico del pueblo que la encarna. El artículo 3 común a los Convenios de Ginebra establece normas mínimas de protección a las personas no combatientes incluso en conflictos

internos, y prohíbe expresamente el castigo colectivo y el uso del hambre como arma de guerra. El asedio a Sueida, por tanto, no sólo es moralmente inaceptable, sino que también representa una clara transgresión al derecho internacional humanitario.

Desde Argentina, un país construido por olas migratorias y que siempre ha sido refugio para quienes escapaban del hambre y la guerra, no podemos mirar hacia otro lado. La República Argentina ha suscripto múltiples tratados internacionales que la obligan a actuar —al menos desde el plano declarativo— en defensa de los derechos humanos dondequiera que estos sean vulnerados. Este compromiso no puede ser selectivo ni cínico. No podemos, como legisladores democráticos, ser cómplices del silencio.

La presente declaración busca romper ese cerco de silencio. Busca interpelar a la Cancillería argentina para que eleve su voz ante la comunidad internacional, ante Naciones Unidas, ante la Liga Árabe y ante todos los foros multilaterales donde nuestro país tiene presencia. Es hora de que se denuncie lo que ocurre en Sueida con la misma fuerza y urgencia con la que se condenan otras crisis humanitarias. No por cálculo político, sino por principio. No por conveniencia, sino por coherencia moral.

Es también un llamado a los medios de comunicación, para que dejen de ignorar lo que está pasando. El periodismo que se precie de ser tal no puede funcionar como antena de los intereses de las potencias, sino como faro de las causas olvidadas. El deber de informar no se agota en lo que genera clicks o ratings; debe también iluminar las zonas oscuras donde la dignidad humana está siendo pisoteada en silencio.

Exhortamos también a las organizaciones humanitarias a redoblar sus esfuerzos para acceder a la zona, documentar los hechos y brindar la asistencia que urge: alimentos, agua, medicamentos, atención médica.

Sabemos que no es sencillo operar en un país devastado y sometido al control autoritario del régimen sirio, pero la neutralidad humanitaria no puede ser una excusa para la inacción.

Finalmente, este proyecto de declaración busca encender una alarma moral. Porque si el mundo permite que los asedios se naturalicen, que el hambre sea un arma, y que las minorías sean descartables, entonces ya no se trata sólo de una tragedia local: se trata de una derrota global de los valores civilizatorios.

Cuando el jeque Marwan Kiwan clama por harina y agua, no está pidiendo privilegios. Está exigiendo que se respete lo más elemental: el derecho a vivir. Es un grito que nos interpela a todos. Y si no somos capaces de responder, entonces habremos claudicado como humanidad.

Por todo lo expuesto, solicitamos a los señores diputados y diputadas que acompañen esta declaración, que no es otra cosa que un acto mínimo de justicia hacia quienes hoy mueren de sed y hambre mientras el mundo mira para otro lado.

"La neutralidad ante la injusticia es complicidad".
Que nuestra voz se escuche donde el silencio mata.

Firmante: Gerardo Milman.

Co firmantes:

Sabrina Ajmechet.